



También hay quienes exageran el culto a Cupido...

## EL LABERINTO Y EL HILO

# AMOR, PROHIBICION, MORAL

Escribe **SEBASTIAN SALAZAR BONDY**

**E**VIDENTEMENTE, el señor Prefecto exageró su celo moral o confundió, en su esfuerzo por erradicar ciertos aspectos corruptos de la ciudad, la crápula con el amor. No es el primero que acá o en otras latitudes se deja llevar por los engaños de la perspectiva moral, pues Lima recuerda campañas más tenaces que las del doctor Pizarro contra las parejas de enamorados que invaden los parques al atardecer, sobre todo en el verano, para decirse lo que siempre el hombre y la mujer se dijeron y para acariciarse atraídos por la fuerza indetenible que hace a las especies vivir en parejas y renovar la vida que se enciende y se extingue a cada instante. Ese parpadeo de la existencia lo es todo. Dejémoslo que se produzca con la naturalidad con que, sin precipitarlo ni frenarlo, se da.

La prensa unánime ha aclarado al doctor Pizarro su exceso y no vamos a echar más leña al fuego. El suceso da pábulo a otras reflexiones. Por ejemplo, a que la prohibición de todo aquello que es un mandato vital no sólo no acaba con lo que se quiere extirpar sino que lo pervierte. Buscando una salida, se adulteran los modos de manifestación y satisfacción de las inclinaciones humanas normales, más todavía si las preside el instinto. Toda "Ley Seca", de otra parte, crea las condiciones propicias al tráfico vil, al extraperlo. Y si las destilerías del gangsterismo fueron, con toda su secuela de violencia, el fruto de la prohibición del alcohol en los Estados Unidos de esos terribles años treinta, la persecución del amor al aire libre incita a lo inescrupulosos al sucio negocio del hotelucho, que aparte de ser peor que el beso en el parque público, llena la bolsa maldita del mercader con la consumación de un rito que no debiera ser nunca motivo de vergüenza.

Otro aspecto digno de la meditación es el que atañe al trasfondo de la moral de las meras apariencias. Supongamos que se logra que ningún hombre bese a ninguna mujer en los parques o en las calles penumbrosas, que no se vean esos coloquios en que los enamorados componen, en una banca del jardín público o sobre el césped, un bulto apasionado, y que, merced a la vigilancia policial, los jóvenes se resignen a mostrarse discretamente distantes aunque el corazón a gritos les pida estrecharse el uno contra el otro en la imantación que misteriosamente hace de dos seres dos mitades que se solicitan. ¿Habrá entonces cándido que crea que ya no hay besos, que ya no hay citas secretas, que ya no hay intimidad sino tras la ley o el altar consagradorios? La apariencia de la ciudad agraviada por tal situación será la de Ginebra en tiempos de Calvino, cuando el terror desafortaba a las gentes, pero las cosas ocurrían como siempre ocurrieron, y hasta de una manera más febril y enloquecida por causa de la amenaza del castigo, que atemoriza y excita al mismo tiempo. A la hipocresía que esto representa, las personas honestas preferirán siempre el amor que da la cara, porque así es más limpio, más humano y también más divino.

San Agustín escribía (Tract. 8 in Epist): "Ama y haz lo que quieras; si callas, callarás con amor; si gritas, gritarás con amor; si corriges, corregirás con amor; si perdonas, perdonarás con amor. Como esté dentro de tí la raíz del amor, ninguna otra cosa sino el bien podrá salir de tal raíz". Pidamos a las autoridades que sea el amor el que inspire su juicio sobre el amor. Ello impedirá que la moral se interponga, como una intrusa, en algo que está por encima de toda regla penosamente fabricada por hombres sólo para contingencias inhumanas. □